

La inmigración musulmana en Europa y la islamofobia

En 2023, la crisis migratoria en Europa pareció estar en su punto más álgido. Según lo informado por Naciones Unidas, la cifra de inmigrantes en septiembre de ese año, superó por dos tercios la registrada en el mismo periodo del 2022, con al menos 1.680 personas que no habrían conseguido atravesar las peligrosas aguas del Mediterráneo. Los puntos de salida más concurridos fueron, según el mismo organismo, Túnez y Libia. Estas cifras son las más altas desde la crisis de refugiados que alcanzó su punto máximo en 2015 y continuó en los primeros meses de 2016, período en el que llegaron más de un millón de inmigrantes a las costas de Europa.

La llegada masiva de inmigrantes musulmanes en estas oleadas, agudizó los sentimientos islamóforos y el temor de la sociedad occidental por la pérdida de su identidad. Así lo planteaba el sociólogo Stefano Allievi: “La presencia musulmana constituye un cambio cultural radical para las sociedades occidentales y más aún mediterráneas (...) representa un importante punto de inflexión. Si en el pasado se hablaba de islam y Occidente, ahora, solo cabe hablar de islam en Occidente, y en un futuro, a través de las segundas y terceras generaciones de inmigrantes, podremos hablar de un islam de Europa, aunque aún no de un islam europeo. El islam ya no es un fenómeno transitorio cuya presencia solo es temporal y al que se le puede mandar eventualmente de vuelta a “casa”

Hoy, de hecho, en Europa occidental viven al menos 18 millones de personas que pueden considerarse “culturalmente” musulmanas. (...) Esta presencia debe considerarse –desde el punto de vista de Europa–, la nueva población europea musulmana y, –desde el punto de vista del islam–, la parte europea de la ummah (comunidad). Ahora bien, si las poblaciones musulmanas viven en Europa, entonces, también vive ahí el islam; así que podríamos plantearnos legítimamente: ¿se está convirtiendo el islam en una parte del escenario europeo religioso, social, político e institucional? “

No debería resultar extraño que, en este contexto, el 15 de marzo del 2022, la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobara la Resolución 76/254 que proclama al 15 de marzo como el “Día Internacional para Combatir la Islamofobia”. En sus fundamentos, se reconoce “con profunda preocupación el aumento general de los actos de discriminación, intolerancia y violencia, sean quienes sean sus autores, dirigidos contra miembros de muchas comunidades religiosas y de otro tipo en diversas partes del mundo, entre ellos los casos motivados por la islamofobia, el antisemitismo y la cristianofobia y los prejuicios contra personas de otras religiones o creencias”

Si bien es innegable que vivimos en tiempos donde la intolerancia religiosa parece resurgir con fuerza, es al menos llamativo que la resolución establezca un día específico para combatir la islamofobia, aunque se la incluya en el texto resolutorio como una forma más de discriminación religiosa. ¿Qué está pasando? ¿Cuáles son las causas que podrían explicar esta necesidad?

El Secretario General de las Naciones Unidas, António Guterres, lo explica claramente en una parte de su mensaje del 2024: “El Día Internacional para Combatir la Islamofobia coincide en un momento en el que vemos cómo una marea de odio y fanatismo

antimusulmanes se propaga en muchas partes del mundo. (...) La discriminación institucional y otras barreras vulneran los derechos humanos y la dignidad de los musulmanes. La retórica divisoria y la tergiversación estigmatizan a las comunidades. El discurso de odio en línea alimenta la violencia en la vida real. (...)”

Esta voz de alarma no es nueva. En febrero del 2021, el Relator Especial sobre la libertad de religión o de creencias –Ahmed Shaheed– informó que “tras los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 y otros espantosos actos de terrorismo supuestamente perpetrados en nombre del islam, la desconfianza institucionalizada contra los musulmanes y quienes son percibidos como tales, ha crecido hasta alcanzar las proporciones de una epidemia”

Los funcionarios de las Naciones Unidas ponen en palabras lo que está sucediendo desde hace años en muchos países y despiertan dudas sobre la posibilidad de construir sociedades integradas y pluriculturales, una de las “promesas” de la globalización. Por el contrario, pareciera que las sociedades occidentales se están reconfigurando: en pos de una “defensa preventiva” no solo rechazan a los inmigrantes y “nativos” musulmanes, sino, además, a quienes son percibidos como tales.

Ahora bien, ¿de qué es necesario defenderse? ¿Es solo una cuestión de “seguridad” por temor a nuevos atentados? Todo parece indicar que no... la narrativa discursiva de los partidos de ultraderecha, que comenzó siendo marginal pero que poco a poco se fue arraigando en el sentido común de sectores cada vez más importantes de la población, incorpora entre sus ideas centrales una advertencia: existiría un plan cuya finalidad es reemplazar a los “europeos autóctonos” por musulmanes (“Teoría del Gran Reemplazo”). De este modo, lo que estaría en juego no es solo la seguridad física de quienes conforman tradicionalmente dichas sociedades, sino también, su identidad cultural.

Es muy factible, tal como afirma Ahmed Shaheed, que a partir de los atentados terroristas del 11 de septiembre y de los realizados posteriormente, la islamofobia se haya extendido con mayor rapidez y se ahonde cada vez más. Sin embargo, la discriminación y los prejuicios sobre quienes profesan la religión islámica no son fenómenos novedosos. Tienen raíces históricas más profundas y han ido cambiando a lo largo del tiempo, en función de los contextos. Tal vez la nota distintiva de estos últimos tiempos es que la crisis migratoria ha favorecido la difusión y la creencia, en importantes sectores de la sociedad occidental, de teorías conspirativas como la del Gran Reemplazo.

Aunque la islamofobia se ha ido transformando según las épocas, no existe una total ruptura con su origen medieval: en cada momento histórico reaparece o yace latente, en función de las características sociales y políticas del contexto en el que se presenta. En la narrativa nacional española, por ejemplo, el proceso denominado “Reconquista” –que se extendió entre los años 711 y 1492 y que terminó con la expulsión de los reinos musulmanes de la Península Ibérica– es presentado como la recuperación del territorio nacional que había sido usurpado por el invasor musulmán, aun cuando en ese entonces España no existía como Estado unificado. Quedó así definido, quiénes fueron concebidos como “ellos” en la historia oficial. Sobre esta representación –producto de un enfrentamiento entre dos civilizaciones concebidas como monolíticas y antagónicas– se construyó la identidad nacional. ¿Será por eso que uno de los lemas de la campaña de Vox en las elecciones autonómicas de Andalucía del año 2022 fue “vayamos a reconquistar España”?

La concepción de los musulmanes como invasores de Europa no se circunscribe al proceso de la llamada Reconquista española, ya que los enfrentamientos militares entre europeos cristianos y musulmanes en el mencionado territorio (y también fuera de él) están presentes en diferentes períodos de la historia. Sin embargo, a partir de mediados del siglo XX, la presencia en el continente europeo de musulmanes tiene orígenes

muy diferentes: no llegaron en busca de conquistas territoriales, sino de un lugar donde emplearse y conseguir mejores remuneraciones que las que ofrecían sus países.

La primera oleada de estos inmigrantes se inició en las décadas de 1950/60 con el arribo de una cantidad considerable de hombres provenientes de las antiguas colonias europeas, que se instalaron sobre todo en los países del norte, en coincidencia con la reconstrucción de la posguerra. Participaron de este modo en el auge económico de la región. Podría decirse entonces en términos generales que, desde esos momentos hasta la década de 1970, no existió un “problema musulmán.” Pero la crisis económica iniciada en 1973 tuvo efectos sobre este fenómeno: al tiempo que comenzaba a restringirse la inmigración, se relajaron las restricciones de reunificación familiar. Esto último tuvo como resultado que, a los llegados a mediados del siglo XX, se sumaran sus familias durante las dos décadas posteriores, favoreciendo así, la presencia de musulmanes de segunda y tercera generación.

El crecimiento demográfico los visibilizó más en los espacios públicos y pronto se profundizaron las diferencias culturales y religiosas con la población “originaria.” A partir de entonces, dejaron de ser percibidos como inmigrantes de Marruecos, Pakistán o Turquía, por ejemplo, para ser considerados musulmanes que ponían en peligro el tejido social europeo.

Desde los años 90, la emigración de personas procedentes de países mayoritariamente musulmanes adquirió otras características. Podría decirse que la mayor parte de quienes llegaron a los países del norte de Europa lo hicieron de manera legal –fundamentalmente en condición de refugiados– motivados por las continuas guerras en sus países de origen, aunque esto no significó la desaparición de la inmigración impulsada por causas económicas.

En contraposición, en los países del sur del continente, la inmigración musulmana ha sido fundamentalmente ilegal, aunque sus motivaciones sean similares. En este caso, la cercanía entre sus lugares de origen y los de destino, ha incentivado traslados masivos de población causando lo que muchos expertos consideran una crisis humanitaria. Dicha cercanía favoreció, por ejemplo, que España, Italia y Grecia dejaran de ser solo países de tránsito para convertirse, además, en destinos finales.

Ahora bien, el “problema de la inmigración musulmana” también existía desde tiempo atrás en Estados Unidos, aunque no era percibido del mismo modo que en el Viejo Continente. Las causas de estas diferencias, afirman los especialistas, pueden deberse a varios factores entre los que se destacan: la masividad que adquirió en Europa; la distancia que existe entre Estados Unidos y los países de origen que provocó una mayor predisposición a la integración de los recién llegados; la dispersión geográfica en la que se asentaron y las condiciones económicas más favorables de quienes eligieron a Estados Unidos como su destino final. En consecuencia, aunque la islamofobia estaba presente en algunos sectores de la sociedad norteamericana, no había alcanzado la misma relevancia que en Europa. Sin embargo, el atentado a las Torres Gemelas favoreció su crecimiento en proporciones desconocidas hasta entonces.

¿Peligra la existencia de la sociedad occidental o está en una etapa de transformación profunda, tal como sucedió en otros momentos de su historia? Si peligra su existencia, ¿es por culpa de los musulmanes? Y si está en una etapa de transformaciones profundas, ¿a qué se debe? ¿Cuál será el resultado final? ¿Qué tipo de sociedad quedará conformada?

No es posible conocer las respuestas hoy, pero sí reflexionar y actuar sobre aquellas cuestiones a resolver que permitan avizorar futuros posibles. Y, en la actualidad, una de esas cuestiones es la resolución del “problema musulmán”, que hoy pareciera estar cerca de estallar... ¿Cómo evitar que esto suceda?

El “Informe del Observatorio Europeo del Racismo y la Xenofobia”, advertía ya en

diciembre del 2006, sobre las tendencias antimusulmanas en diferentes esferas como la educación, el empleo y la vivienda. A ello debe sumarse, el sentimiento de denigración y humillación creciente que pueden sentir quienes integran la comunidad musulmana, en particular los más jóvenes, ante la insistencia en presentar a su fe, su cultura y su identidad como fuentes inherentes de decadencia, fundamentalismo y terrorismo.

Paralelamente, una serie de sucesos, como los atentados terroristas en diferentes países que cobraron cientos de víctimas, el asesinato del cineasta Theo van Gogh, las revueltas de jóvenes musulmanes en noviembre de 2005 en Francia, así como el atentado a la revista Charlie Ebdó en 2015, entre muchos otros, han contribuido a extender la idea de que la presencia masiva de musulmanes, representa un peligro para la seguridad y la supervivencia de la identidad de la sociedad occidental.

Las situaciones mencionadas ponen en evidencia que, a lo largo del tiempo y por diversos motivos, se han generado sentimientos contrapuestos cada vez más arraigados. Esto permite pensar que la integración de la comunidad musulmana a la sociedad “occidental autóctona” está lejos de concretarse, al menos por ahora.

Flavia Affranchino y María del Carmen Correale